

El Partido Comunista de Alemania y la clase obrera contra Hitler: actualidad y enseñanzas de una lucha heroica

Albert Escusa

El Partido Comunista fue indiscutiblemente la fuerza motriz que impulsó la heroica resistencia de la clase obrera alemana ante el peligro nazi durante la República de Weimar, régimen que existió desde el fin de la I Guerra Mundial hasta el ascenso de Hitler al poder (1919-1933). Esta es una de las conclusiones que se extrae del imprescindible artículo escrito por Sergio Bologna, *Nazismo y clase obrera (1933-1993)* (1); la otra, es que el término «socialfascista» aplicado al Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) no era el fruto de un descabellado análisis extremista, sino que describía fielmente los vínculos orgánicos que la parte dominante del aparato socialista entrelazó con los sectores más reaccionarios del Estado, la policía y el ejército: para la dirigencia socialdemócrata –y en esto fueron imitados por socialdemócratas de otros países como Bélgica o Francia en 1939–, la amenaza que se debía combatir no era el nazismo, sino el «extremismo» encarnado por el KPD y los grupos anarquistas. Una parte de los militantes del SPD que también se enfrentaron a Hitler, fueron impotentes para cambiar la estrategia de represión anticomunista de su partido: ellos también formaron parte de listas de «personas a liquidar» por parte de las bandas terroristas nazis. Para hacerse una idea de lo que significó el terror hitleriano contra la izquierda, hay que mencionar que sólo entre el 16 de junio y el 18 de julio de 1932, los nazis asesinaron a 99 personas e hirieron a 1125 (2).

Como explica Sergio Bologna, la fusión parcial del partido socialdemócrata con el Estado de Weimar generó una gran aparato administrativo estatal, regional y municipal servido por un ejército de funcionarios leales al SPD que fueron utilizados para reprimir a la clase obrera y exterminar a los comunistas cuando Hitler tomó el poder. Hay que destacar que la República de Weimar estuvo gobernada desde 1924 hasta 1929 por gobiernos de centro-izquierda, donde el partido socialdemócrata tenía un papel de primer orden. Desde 1930 hasta 1933 estuvo gobernada por coaliciones de centro-derecha, pero los socialdemócratas controlaban gobiernos regionales y municipios importantes, como el de Prusia y la ciudad de Berlín.

Así, a pesar de que el KPD promovió desde 1931 una política de unidad antifascista con el SPD, la mayoría de dirigentes socialistas rechazó frontalmente establecer acuerdos con los comunistas. En 1932 el dirigente comunista Erns Thäelmann, en un discurso dirigido a los obreros socialdemócratas expresaba: «Nosotros, comunistas, sólo ponemos una condición a esta unidad: la condición de la lucha. Preguntad pues a vuestros dirigentes, camaradas socialdemócratas, ¿por qué hacen bajar sus armas a cuatro millones de trabajadores sindicados mientras que el fascismo desciende por las calles?» (3) En cambio, la prensa socialdemócrata publicaba –con un lenguaje que no ha variado un milímetro en siete décadas– llamamientos a la colaboración de clases y a la paz social: «Los sindicatos saben que esta época de angustia exige sacrificios, pero el espíritu de una verdadera comunidad nacional pide repartir equitativamente las cargas inevitables», además de llamamientos filonazis que pedían «restaurar a las masas el *espacio vital* que necesitan» (4). Pero los obreros socialdemócratas con conciencia de clase se inclinaban cada vez más hacia el KPD: si en las elecciones de 1928 el SPD obtuvo 9,1 millones de votos y el KPD 3,2 millones, en las de 1932 –realizadas bajo una atmósfera de terror anticomunista, asesinatos, fraude electoral y amenazas de golpe de Estado– los socialdemócratas descendieron a 7,9 millones y los comunistas –gracias a su valiente política revolucionaria y antifascista– consiguieron 5,2 millones de votos, muchos de ellos procedentes del SPD (5).

¿Los comunistas y la clase obrera culpables del nazismo?

Tradicionalmente se han impuesto dos interpretaciones sobre el ascenso del nazismo en Alemania: la primera, vinculada a medios de la extrema izquierda y al trotskismo, hace recaer la culpabilidad del triunfo de Hitler en los «errores y traiciones» de la Internacional Comunista y del KPD. La segunda –defendida por todo el abanico ideológico de la intelectualidad oficial– sugiere bien que el nazismo fue el “mal menor” frente a la Unión Soviética y la única salida posible frente a la crisis, o bien pone el acento en la

«culpabilidad histórica» del pueblo alemán y de su clase obrera, que habrían tenido una actitud neutra, pasiva o incluso de abierta complicidad para favorecer el movimiento dirigido por Hitler.

Curiosamente fue Trotski uno de los primeros comentaristas que creó la «teoría de la pasividad», que responsabiliza a la clase obrera alemana del ascenso de Hitler al poder: el 14 de marzo de 1933 el futuro jefe de la IV Internacional escribía en *La tragedia del proletariado alemán* que «el proletariado más poderoso de Europa por su papel en la producción, su peso social y la fuerza de sus organizaciones, no ha opuesto ninguna resistencia a la llegada de Hitler al poder y a los primeros ataques violentos contra las organizaciones obreras» (6). Las opiniones de Trotski al respecto se analizan más abajo.

Pocas o ninguna de las opiniones que atacan la política de los comunistas en aquellos años, o que responsabilizan a la clase obrera, vienen acompañadas de investigaciones históricas documentadas y objetivas que respalden tales afirmaciones temerarias, ampliamente difundidas como verdades consagradas. Es por ello que, en este capítulo crucial de la historia del movimiento obrero, la aparición de investigaciones como *Nazismo y clase obrera*, constituyen una sacudida intelectual al pensamiento esclerotizado que impregna a una buena parte de la izquierda occidental desde hace décadas, que frecuentemente se ha limitado a repetir, con su propio vocabulario político, los mensajes de la intelectualidad burguesa y anticomunista sobre algunos aspectos claves de la historia del movimiento obrero y del socialismo histórico.

Bologna interpreta una detallada historia del movimiento obrero alemán que no deja lugar a dudas sobre la resistencia de la inmensa mayoría de la clase obrera alemana al avance del nazismo. La investigación de archivos y los estudios modernos sobre el triunfo de Hitler demuestran que, a pesar de todos los instrumentos represivos y semidictatoriales del Estado alemán de Weimar contra la clase obrera, ésta mantuvo durante años una dura resistencia que llevó al país a un estado de guerra civil larvada.

Otra de las “verdades consagradas” que derriba el trabajo de Bologna –autor que se inscribe en la tradición de la llamada «izquierda autónoma» y anticomunista como él mismo aclara, por lo que no se le puede acusar de tener prejuicios favorables al KPD–, es la responsabilidad de los comunistas en el triunfo de Hitler: como se verá más adelante, el KPD estaba muy lejos de ser un partido irresponsable y aventurero, y era muy consciente del peligro del nazismo y de su naturaleza criminal. Por ello, y a pesar de sus errores – algunos de ellos graves, indudablemente, como sucede a todo aquel que se implica políticamente en los momentos históricos decisivos– se puso desde el primer momento a la cabeza de una lucha decidida y heroica, mientras que el Partido Socialdemócrata dominado por su fracción anticomunista, se mantuvo hasta el fin en una situación de abierta complicidad y simbiosis con el Estado alemán, utilizando los instrumentos represivos estatales no contra la burguesía alemana o contra los nazis, sino contra el KPD y otros sectores antifascistas más combativos, como algunos grupos anarquistas.

Gracias a una acertada capacidad de síntesis de los estudios publicados y contando con documentación abundante, el autor italiano ha conseguido con un estilo muy convincente, derribar importantes mitos del revisionismo histórico acerca del movimiento obrero: fue precisamente la gran combatividad y la resistencia heroica de la clase obrera lo que llevó a la gran burguesía alemana a buscar el apoyo de Hitler como “solución final”, que sólo se pudo imponer cuando la resistencia obrera se extinguió tras una década de grandes luchas, realizadas en unas condiciones de durísima represión, desempleo masivo y hambre.

Veamos pues cuáles son los aspectos centrales del artículo de Bologna.

1. Clase obrera y estructura empresarial

Una cuestión determinante para la organización y lucha de la clase obrera fue la estructura económica de Alemania, durante aquellos años dominada por la pequeña empresa. De los 18 millones de obreros que había en 1925, casi siete millones (un 34%), trabajaban en empresas de menos de diez trabajadores. Al final de la República, en 1930-33, en un contexto de paro masivo, había 14 millones y medio de obreros empleados, aproximadamente la mitad de ellos en pequeñas empresas, y un 16% eran obreros autónomos. Por ello, explica Bologna, «cuando hablamos de la clase obrera en el período final de Weimar,

hablamos, pues, de una clase obrera ya muy atomizada, que vivía en un ambiente de fábrica fragmentado, pulverizado». Esa estructura productiva era muy similar a la que hoy existe en los países capitalistas occidentales, donde la inmensa mayoría de trabajadores están empleados en pequeñas empresas de menos de diez trabajadores.

Contrariamente a una creencia muy extendida, Bologna sugiere que la descentralización productiva alemana –siguiendo una tendencia contraria a la concentración en grandes fábricas que basaban la producción en cadenas de trabajo (fordismo)–, no era tanto una manifestación del atraso industrial de este país, sino más bien un aspecto de la “racionalización productiva” de la gran empresa –similar al proceso de subcontratación actual que transfiere actividad de una multinacional a un gran número de pequeñas y medianas empresas externas–, un proceso consciente y dirigido por la burguesía que perseguía mejorar la productividad y la competitividad mediante la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, y al mismo tiempo conseguir un máximo de control político y social sobre la clase obrera. Así, mientras que entre 1924 y 1928, la productividad en la industria se disparaba entre un 25 y un 30%, la clase obrera sufrió un descenso considerable de su nivel de vida al caer los salarios medios por debajo del nivel de 1923. Después de la Gran Depresión de 1929, el desempleo oficial aumentó de 4.115.000 desempleados en 1930 a 7.781.000 en 1933, cuando Hitler ya estaba en el poder; entre un 30 y un 37% de desempleados no cobraban ningún tipo de subsidio o ayuda estatal.

2. El desempleo y la administración asistencial del Estado

A finales de la década de los veinte, la clase obrera se vio paralizada por el descomunal aumento del paro, que tuvo un doble efecto: por una parte debilitó cada vez más su acción política, y por otra provocó un crecimiento desmesurado de la administración y el funcionariado dedicado a la asistencia social, hasta tal punto que muchos obreros alemanes identificaron al Estado alemán con el rostro del funcionario de la agencia de desempleo. La función de esta estructura burocrática estatal –controlada por el partido socialdemócrata, muy influyente entre el funcionariado– fue especialmente perniciosa para la clase obrera al transformarse en una agencia de control policial sobre los desempleados: como consecuencia del aumento del desempleo y de la conflictividad social, la administración asistencial «pierde casi del todo su carácter de servicio social y se convierte cada vez más en un sistema policiaco suplementario respecto a las partes más débiles de la sociedad». Asimismo, con la excusa de combatir el déficit presupuestario, se establecieron políticas de división y enfrentamiento entre los desempleados, favoreciendo selectivamente a unos colectivos en detrimento de otros. Entre los perjudicados fueron las mujeres jóvenes y sin hijos, y los jóvenes menores de 21 años. Tras esta política se ocultaba la voluntad socialdemócrata de debilitar al KPD –cuyas bases militantes, formada por una mayoría de desempleados, dependían de las políticas oficiales de subsidio social– y al mismo tiempo impulsar la fragmentación y la impotencia política del proletariado: «los últimos gobiernos de Weimar (...) absolutamente conscientes del poder de control del aparato asistencial, usaron a los componentes del sistema del seguro obligatorio contra la desocupación, con gran cinismo y sin ningún tipo de escrúpulos con el fin de crear la máxima segmentación y atomización en el interior de la masa desocupada».

Pero la Gran Depresión provocó una avalancha de parados de larga duración que ya no tenían derecho a recibir prestación alguna por parte de la Oficina de Empleo, así que «los trabajadores se convirtieron en “pobres”, no sólo de hecho, sino también de derecho». El Estado transfirió a los gobiernos municipales la gestión de los subsidios, y a partir de entonces éstos fueron negociados por una administración que no tenía ni recursos financieros ni preparación profesional para ello. De esta manera, «abocando a los parados al sistema de asistencia municipal se formaba un ejército de personas que iban a pedir limosna a un funcionario que debía, muy a menudo basándose en impresiones subjetivas, juzgar sus necesidades.» Además, los subsidios se otorgaban en forma de créditos que eran de devolución obligatoria, con lo cual millones de personas quedaban irremisiblemente entrampadas al no poder devolver los créditos. Esa estructura asistencial fue la que aprovechó el régimen nazi para controlar más tarde a la clase obrera: «los parados sólo podían obtener el subsidio si conseguían convencer al funcionario encargado de la asistencia mediante una entrevista personal; así, se formó una masa de millones de personas coaccionables y, lo que fue más importante para el régimen nazi que vendría después, de millones de personas fichadas».

3. Las políticas del KPD y del SPD hacia la clase obrera

Durante los años veinte, los grandes sindicatos socialdemócratas extraían su fuerza de las grandes empresas y de las empresas municipales «donde los acuerdos sindicales eran más o menos respetados». Pero en el vasto espacio de la microempresa, el control sobre la clase obrera y las relaciones de trabajo eran de tipo familiar y el sindicalismo estaba ausente. Al mismo tiempo, en todos estos años los sindicalistas del KPD y los delegados sindicales más combativos del SPD fueron despedidos implacablemente de las fábricas.

Otro de los puntos que merece destacarse de este repaso de la historia de Weimar, es la composición social del Partido Socialdemócrata, ya que éste se fue nutriendo desde los años veinte del ejército de funcionarios y empleados públicos que ingresaron en masa en el SPD. Así, cuando la Gran Depresión provocó la parálisis de la actividad sindical en las fábricas, el SPD pasó a concentrar su acción entre la policía y el ejército de funcionarios de las Administraciones locales y de la Administración asistencial y sanitaria dependiente del Ministerio de Trabajo, lo que le permitía a los socialdemócratas tener una estabilidad en la militancia (donde tenía un gran peso político la aristocracia obrera, los funcionarios y sectores sociales similares) y el acceso al control de grandes recursos públicos. Dado que el SPD tenía una militancia ligada a las actividades del Estado y con intereses muy diferenciados de la mayoría obrera, sus políticas tendían a confrontarse con las que propugnaba el KPD. Por ello, mientras que el SPD se identificaba con la burocracia del Estado y defendía a la República de Weimar como «Estado social» y «régimen democrático fruto de las conquistas de los trabajadores», el KPD, en cambio, «se veía constreñido a proponer a sus militantes jóvenes, parados, desarraigados, empobrecidos y desclasados, la utopía de la conquista del poder, es decir, de la destrucción del Estado weimariano y la instauración de la República de los Soviets».

Esto era debido a que después de la Gran Depresión de los veinte, las bases del KPD se caracterizaban por su juventud y por una fluctuación muy acusada de la militancia, ya que el 80% de los comunistas eran jóvenes en busca del primer empleo o parados de larga duración. Por otra parte, la política de represión anticomunista sistemática contra los trabajadores y sindicalistas del KPD en las empresas, había debilitado sensiblemente la capacidad de influencia del partido en el seno de los trabajadores ocupados. Todo ello determinaba que, a pesar de los resultados electorales espectaculares del KPD en aquellos años, su influencia sobre la clase obrera en activo fuera muy indirecta. El KPD era un enorme partido obrero que carecía paradójicamente de poder sindical, de tal manera que se veía obligado a realizar su política fuera de las relaciones de producción y del mundo del trabajo, actuando «en terrenos “generales”, en campañas de masas tan ruidosas como abstractas, con la consecuencia de cargar excesivamente el lado “propagandístico”, “cultural”, “ideológico” y en definitiva electoralista de su acción». Mientras que las necesidades de la clase obrera eran muy concretas y elementales, la composición social de la militancia comunista y la represión implacable de la burguesía empujaban al KPD hacia la “ideologización” y a propuestas muy generales.

Para intentar combatir los efectos de la crisis entre la clase obrera, el KPD orientó su acción política a la defensa y conquista de derechos colectivos de los desempleados, tratando de que éstos mantuvieran una actitud digna y no cayeran en la trampa de la división: «el Partido Comunista, desde el momento en que el sistema de asistencia fue sancionado por ley, promovió la agitación y las movilizaciones entre los aspirantes a la asistencia, para que superasen con comportamientos colectivos las intenciones de dividirlos de la burocracia y no aceptasen presentarse con una actitud humilde, sino con la actitud de aquel que reivindica un derecho». Todo ello generó una gran conflictividad entre los funcionarios municipales – muchos de ellos militantes socialdemócratas- y los parados, con una infinidad de enfrentamientos, peleas y agresiones en las que tenía que intervenir habitualmente la policía.

En cambio, la estrategia de la socialdemocracia, que pasaba por integrar a la clase obrera en la República de Weimar, se derrumbaba estrepitosamente debido a que el Estado no podía garantizar unas mínimas prestaciones y la crisis imposibilitaba una política de paz social y de colaboración de clases: «la ligazón con un “Estado Social” sobre la cual tanto habían insistido la socialdemocracia y los sindicatos para fomentar así un sentido de ciudadanía entre la clase trabajadora y para inculcar de este modo fidelidad a

las instituciones republicanas, se hacía añicos y este distanciamiento contribuía a un ulterior sentido de extrañamiento de la clase obrera, ahora sin trabajo, en sus relaciones con el Estado».

4. La socialdemocracia prepara el terreno a los nazis

Otra de las cuestiones importantes que Bologna pone de relieve es la resistencia obrera organizada por el Partido Comunista en las zonas industriales y barrios obreros, y en otras organizaciones autónomas y anarquistas. Precisamente durante los últimos años de la República se vivió un clima de guerra civil larvada entre la clase obrera y sus organizaciones de un lado, y el gobierno central y los gobiernos regionales de otro, situación que, al no poder resolverse de forma favorable a la clase obrera, la aprovechó el partido nazi y sus organizaciones para canalizar el descontento.

A partir de la reconstrucción de la historia que ofrece Bologna, la tan criticada tesis de «socialfascismo», que utilizó la Internacional Comunista para describir a la socialdemocracia, se percibe cómo en el caso alemán era una definición muy exacta, ya que el SPD construyó un poderoso y omnipresente sistema burocrático y policial empleado para controlar y disciplinar a la clase obrera y reprimir duramente las acciones del Partido Comunista y otros grupos de izquierdas. Este aparato administrativo y policial fue utilizado íntegramente por los nazis a partir de 1933 contra la clase obrera y todos los sectores antifascistas. Así pues, la llamada táctica de «clase contra clase» propugnada por la Internacional Comunista en 1928, en cuya aprobación tuvieron una influencia decisiva los dirigentes comunistas alemanes, respondía –aunque de forma desesperada y con una aplicación sectaria–, al hecho indiscutible de que la mayoría de los dirigentes del SPD estaban reprimiendo conscientemente a la clase obrera y allanaban el camino a los nazis.

Fue la concepción socialdemócrata del “Estado Social” y su defensa de las estructuras del reaccionario Estado burgués, especialmente las administraciones asistenciales, las que crearon las condiciones para que el futuro régimen nazi pudiera aplastar y dominar a la clase obrera, sin tener siquiera que crear instituciones propias: «el personal administrativo asistencial, en gran parte femenino, pasó sin traumas del gobierno socialdemócrata al gobierno nazi. Los nazis confirmaron a casi todo el personal asistencial y le pidieron que trabajase como antes, es decir, que continuase ejerciendo la función de vigilancia, control y fichaje. Y construyeron una estructura paralela de selección de marginados a partir de bases biológicas y raciales». El sistema asistencial socialdemócrata fue utilizado en la selección de aquellos individuos o grupos de desempleados que debían ser encarcelados o exterminados para mejorar la pureza social y racial: «una gran parte de los pobres y de los marginados fue calificada como “asocial” a partir de las informaciones recogidas por las oficinas de asistencia e incluida en las fichas personales, y, por tanto, encaminada a un proceso de selección que no fue solamente un proceso de selección racial, sino un proceso de selección social.»

De hecho, Bologna sostiene que los primeros campos de concentración (conocidos como “Lager”) fueron creados no para los judíos, sino para los trabajadores desamparados, llamados “antisociales” por los nazis: «los primeros campos de concentración, fueron las “casas de trabajo”, o sea, los hospicios donde estaban alojados los que a cambio del subsidio de asistencia tenían que prestar un servicio obligatorio. Fue allí donde nació el sistema de concentración nazi». En este caso, los nazis volvieron a aprovecharse de una ley aprobada en 1924, que estipulaba la obligatoriedad del trabajo forzoso. El 70% de los puestos de trabajo que se crearon bajo el régimen nazi estaban relacionados con la creación de grandes infraestructuras y obras públicas, en la que se empleó mano de obra forzada.

5. La ruptura final entre el SPD y el KPD

Lo que nos permite visualizar la reconstrucción de la historia, es la imagen de unos dirigentes socialdemócratas muy conscientes de su papel de salvaguarda de un régimen alemán absolutamente decrepito y reaccionario. Por ello no es de extrañar que en la represión de la clase obrera revolucionaria tuvieron una elevada responsabilidad algunas figuras destacadas de la socialdemocracia –apoyándose en la política oficial de colaboración de clases del SPD–, como el primer ministro del gobierno regional de Prusia, Otto Braun, partidario de medidas dictatoriales contra la clase obrera, y el Ministro de Interior, que

desde 1928 era socialdemócrata. Así, el SPD pudo controlar y reorganizar a las estructuras policiales y utilizarlas contra los obreros y los comunistas, mientras hacía la vista gorda ante los nazis, tensando la cuerda al límite.

La situación se agravó decisivamente el 1º de mayo de 1929 (que curiosamente no fue fiesta nacional hasta que Hitler la implantó demagógicamente en 1933). El jefe de la policía de Prusia, socialdemócrata, prohibió las manifestaciones públicas y sólo toleró las celebraciones en locales cerrados, pero esta orden sólo fue seguida por los sindicatos socialdemócratas. El KPD desafió a la policía y convocó una manifestación pública, amenazando con declarar una huelga general en caso de represión policial. Los archivos policiales consultados demuestran que la policía socialdemócrata organizó una provocación con fuerzas antidisturbios para reventar la manifestación, cargando contra los manifestantes comunistas pero también contra los obreros que salían de los actos convocados por los sindicatos socialdemócratas. El KPD convocó una huelga al día siguiente pero, pese a algunas presiones insistentes, no distribuyó armas a los obreros. En dos barrios de Berlín se levantaron barricadas que fueron atacadas por la policía con un saldo de treinta obreros muertos y cientos de detenidos. El ministro de Interior socialdemócrata aprovechó la ocasión para ilegalizar las organizaciones de masas del KPD, provocando la fractura definitiva entre socialdemócratas y comunistas.

Todo ello hace concluir a Bologna: «cuando se dice, por lo tanto, que la clase trabajadora no defendió adecuadamente la democracia republicana se debe tener en cuenta que esa democracia republicana significaba bien poco a los ojos del núcleo central de la fuerza de trabajo».

6. El avance de Hitler hacia Berlín y la resistencia del KPD

En este contexto de descomposición social y crisis económica y política aguda, desde 1929 los nazis habían iniciado la conquista de Alemania a partir de las regiones meridionales como Baviera, avanzando en forma de tenaza hasta Berlín y su región periférica. Para la conquista de la capital utilizaron un discurso obrerista radical, empleando oradores demagogos y gentes sin escrúpulos que se presentaban como la extrema izquierda del partido para ganarse a las masas obreras berlinesas. Al mismo tiempo, iban sembrando el terror entre los militantes antifascistas con acciones criminales perpetradas por las escuadras paramilitares del partido nazi.

En la batalla por la capital –que duró tres años– se enfrentaron dos grandes figuras políticas: por una parte Walter Ulbricht, jefe de las organizaciones de autodefensa del KPD en Berlín, y futuro primer presidente de la República Democrática de Alemania y del Partido Socialista Unificado, y por otra Joseph Goebbels, especialista en medios de comunicación de masas y en manipulación social, enviado por Hitler para la conquista de la capital. Durante la batalla por Berlín se produjeron infinidad de enfrentamientos de calle entre los obreros organizados por el KPD o por organismos anarquistas y autónomos, y los nazis. La vanguardia obrera contra los nazis, además de los desempleados, estaba constituida por los estibadores, marineros y ferroviarios, mientras que los trabajadores del transporte estaban inclinados hacia los nazis. La resistencia obrera a la penetración nazi fue muy encarnizada, y se apoyaba en la existencia de una cultura obrera y en formas de vida social independientes, no controladas por la burguesía, arraigadas en una infinidad de organizaciones y asociaciones obreras, populares y comunistas entrelazadas y ramificadas, que llegaban a influir en los lugares más recónditos de la ciudad. Todo ello constituía un espacio de vida independiente que se consideraba exclusivo de la clase obrera y que era defendido gracias a una cultura de resistencia y de orgullo de clase, con la plena conciencia de saber quién era el enemigo.

El Partido Comunista fue la clave de la resistencia antinazi ya que era, con diferencia, la mayor organización que vertebraba estas redes obreras y populares. El KPD también disponía de organismos especializados, como una estructura paramilitar que agrupaba a gran cantidad de jóvenes, siendo su organización más importante el Grupo de Lucha contra el fascismo, que a finales de 1931 agrupaba a miles de jóvenes comunistas, 7.000 de ellos en Berlín. Además de ello, el partido contaba con escuadras de autodefensa y grupos que apoyaban a los vecinos amenazados de desahucio por no pagar el alquiler. También había puesto en pie una enorme organización de solidaridad, la Rote Hilfe (Socorro Rojo), que se encargaba de dar apoyo material a los desempleados, familias y personas sin recursos, y que fue muy

importante para sostener económicamente muchas luchas, ya que las condiciones de vida de la mayoría de militantes que luchaban contra los nazis eran muy duras.

Al mismo tiempo, la Internacional Comunista había preconizado un cambio de táctica, el Frente Único, con el objetivo de recomponer la unidad obrera con las bases socialdemócratas y recuperar a los obreros influenciados por los nazis. Se establecieron algunos contactos preliminares con sectores socialdemócratas y además se condenaron las acciones de terrorismo individual, lo que provocó una crisis interna en el KPD que se resolvió con la separación de destacados dirigentes contrarios al cambio de táctica y al abandono de la violencia individual.

Mientras tanto se agudizaban las luchas de clases en las calles, particularmente en Berlín, que acabaron confluyendo en las tabernas. Las tabernas eran centros neurálgicos de la vida obrera, ya que allí se socializaban y se relacionaban los obreros desempleados (en 1933, el 63% de los jóvenes menores de 25 años de Berlín estaban desempleados) y también eran espacios de encuentro de los jóvenes comunistas. Los propietarios de las tabernas, por ello, sobrevivían a duras penas, así que cuando los nazis les ofrecieron ganancias garantizadas a cambio de cederles estos espacios para sus militantes, muchas tabernas se convirtieron en lugares desde donde los mercenarios nazis lanzaban acciones terroristas y trataban de influenciar a los obreros. El KPD decidió iniciar una campaña de recuperación de las tabernas a partir de «una serie sistemática de acciones de ataque contra las tabernas con parroquianos nazis. La nueva línea del Partido recomendaba introducir siempre la acción armada dentro de una lucha de masas para evitar el riesgo de practicar un contraterrorismo puro y simple». El KPD también impulsó campañas de huelga de alquileres para conseguir la expulsión de los nazis de los barrios obreros. Lamentablemente, las condiciones de vida del proletariado y el control ejercido sobre ellos por el Estado y la policía socialdemócrata, hacían cada vez más difíciles las luchas de masas, y su capacidad de resistencia se extinguió en las duras condiciones de vida. A pesar de su silencio por la historia oficial, el proletariado alemán y los comunistas del KPD, junto con otros grupos minoritarios, escribieron una de las páginas más heroicas de la historia de la clase obrera:

«La conclusión que puede extraerse de estos fragmentos de la historia es que no es cierto que el proletariado alemán se rindiera sin combatir. Es verdad, en cambio, que su capacidad de resistencia se desgastó y consumió en los terribles años de la crisis. (...) Los años que precedieron a la toma del poder por Hitler son años de guerra civil encubierta. En las condiciones en las que se vieron constreñidos a resistir los adversarios del nazismo, difícilmente alguien habría podido hacer algo más o mejor».

Reflexiones finales

Hasta aquí el artículo de Sergio Bologna, imprescindible para comprender la actitud de la clase obrera alemana y las políticas del KPD y del SPD frente a Hitler. Veamos ahora dos reflexiones finales que podemos extraer del interesante análisis histórico de Bologna:

1. Las críticas de Trotski a los comunistas alemanes y a la Internacional Comunista

Como hemos visto, la valoración de los hechos por parte de la extrema izquierda ha sido siempre muy condenatoria sobre el KPD y la Internacional Comunista, creando la leyenda negra de que el ascenso de Hitler al poder se debió a la política «miope» o «traicionera» de la «burocracia» —«burocracia» que se jugaba la vida en las calles y las cárceles— del KPD o del Komintern. Trotski, por ejemplo, en una *Carta a un obrero alemán*, fechada el 8 de diciembre de 1931, criticó al KPD por la política de enfrentamiento con la dirección del SPD: «Toda la desgracia viene porque la política del Comité central del Partido comunista alemán está basada, en parte conscientemente, en parte inconscientemente, sobre el reconocimiento del carácter inevitable de la victoria del fascismo. En efecto, en su llamada sobre el “frente único rojo”, publicado el 29 de noviembre, el Comité central del Partido comunista alemán parte de la idea que es imposible vencer al fascismo, sin haber vencido previamente a la socialdemocracia alemana» (7).

Pero cuando Trotski se quejaba de que los comunistas consideraban imprescindible la derrota previa del SPD para impedir el triunfo a los nazis, estaba realizando una valoración interesadamente unilateral de los

hechos para poder desacreditar al KPD. En primer lugar, Trotski escondía en sus análisis un hecho fundamental: la persecución implacable a la que durante más de una década el aparato del SPD sometió a los comunistas, recurriendo a los organismos represivos del Estado y al uso de toda su influencia para expulsar a los comunistas de las empresas y los sindicatos. Como explica Bologna, el Partido Socialdemócrata «todavía a finales de 1932 se obstinaba en considerar el movimiento bolchevique como el peligro número uno para la llamada democracia weimariana». Trotski, incansable, aprovechaba cualquier ocasión para acusar al KPD nada menos que de capitular frente a los nazis. En 1931 escribía: «políticamente, la cuestión se pone así: ¿es posible hoy (...) a pesar de la presencia de la socialdemocracia, desgraciadamente muy poderosa todavía aunque debilitada, oponer una resistencia victoriosa al ataque del fascismo? El Comité central del Partido comunista alemán responde negativamente. En otros términos, Thaelmann [nota: dirigente del KPD] considera la victoria del fascismo como inevitable» (8).

Tras la victoria de Hitler, Trotski, no contento con la derrota de la organización antifascista más importante y combativa de Europa, el KPD, acusaba fácilmente a los comunistas, el 12 de marzo de 1933, de haber «engañado a los obreros alemanes», mientras miles de comunistas y otros antifascistas se pudrían en las cárceles tras una de las luchas más heroicas de la historia del movimiento obrero. Para Trotski, la dura lucha del KPD contra los nazis y los que le allanaban el camino desde el Estado, no contaba. En su papel de fiscal de la historia, proseguía sus acusaciones contra el KPD como si nada hubiera sucedido, minimizando el brutal terrorismo hitleriano y de la policía contra el Partido Comunista: «el estalinismo alemán está a punto de hundirse, no tanto bajo los golpes de los fascistas como a consecuencia de su propia descomposición interna. El desprecio de la vanguardia de los obreros alemanes hacia la burocracia que les ha engañado será tan grande que la consigna de “reforma” les parecerá falsa e irrisoria. Y tendrán razón. ¡Ha llegado la hora! Hay que plantear abiertamente el tema de la preparación para la fundación de un nuevo partido» (9).

Así pues, Trotski llamaba a «despreciar» –también lo hicieron los nazis a su manera, exterminando– a quienes de forma más consecuente y organizada se estaban jugando la vida tanto contra los fascistas como contra la policía alemana. Ese «nuevo partido» trotskista jamás pasó de ser una ensoñación producida por una sobredosis de sectarismo de alguien que en el fondo parecía alegrarse de la victoria del nazismo para recabar argumentos contra sus enemigos políticos.

Finalmente, Trotski, después de haber atacado en 1931 al KPD por su política de enfrentamiento con los socialdemócratas, en 1933 los criticó duramente por lo contrario: así, en *La tragedia del proletariado alemán*, Trotski arremetió contra el KPD y la IC por su política de acercamiento al SPD para intentar combatir unidos contra los nazis: «Los estalinistas toman acta y hacen suya la demanda hipócrita y diplomática de los reformistas, respecto a la así llamada “no agresión mutua”. Renegando de todas las tradiciones del marxismo y del bolchevismo, el Comité ejecutivo de la Internacional comunista recomienda a los Partidos comunistas, en caso de realización del frente único, de “renunciar a los ataques contra las organizaciones socialdemócratas durante la lucha común”» (10). Para Trotski, ahora era preferible el triunfo de los nazis que un acuerdo temporal con los socialdemócratas, sabiendo que éstos todavía eran capaces de influenciar a muchos obreros.

Para desgracia de Trotski, la reconstrucción de la historia –basada en documentos y no en especulaciones sin fundamento–, desmienten todas sus acusaciones gratuitas, ya que no hay ninguna duda sobre la determinación del KPD y de sus dirigentes de luchar hasta el fin contra el avance del fascismo, como explica nuevamente y sin prejuicios Sergio Bologna:

«Al reconocer el valor moral y político de la lucha de resistencia del proletariado alemán contra el terrorismo nazi, debemos recordar que el Partido Comunista fue la organización que con mayor determinación y de forma más radical condujo la lucha contra el avance del nacionalsocialismo, recurriendo a todos los medios posibles, incluso los ilegales. Aún encontrándome personalmente mucho más cercano a la formación cultural de Simone Weil que a la comunista (...) me parece necesario afirmar que su conmovedor y feroz juicio sobre la conducta del KPD no encuentra muchos fundamentos en la reconstrucción de los hechos a partir de los materiales de archivo».

2. La clase obrera y la izquierda hoy

En el cuerpo de los regímenes burgueses y liberales anida en estado latente la larva del fascismo que pugna por salir cuando la piel “democrática” se descompone. La lucha heroica del Partido Comunista de Alemania (KPD) y de la clase obrera alemana contra el ascenso al poder de Hitler nos ofrece experiencias dignas de tener en cuenta a día de hoy, cuando se percibe hasta qué punto la democracia liberal-burguesa es poco más que una cáscara vacía y cómo una verdadera democracia es incompatible con la existencia del capitalismo.

Gracias al artículo *Nazismo y clase obrera*, Sergio Bologna ha mostrado que la lucha de la clase obrera alemana y del KPD contra el avance del nazismo, constituyó una de las grandes luchas heroicas del movimiento obrero. No es de extrañar por ello que tal lucha haya sido borrada de la memoria histórica y haya tanto consenso en presentarla deformada y manipulada al extremo, desde la derecha hasta muchos representantes de la extrema izquierda. Tampoco fue por casualidad que el antifascismo y la depuración del nazismo se convirtieran en unas de las señas de identidad más radicales de la República Democrática de Alemania, desde 1949 hasta su desaparición en 1990.

Pero sería un error obviar la gran capacidad de atracción que el nazismo tuvo para amplios sectores de la clase obrera: una vez suprimido el partido comunista, encarcelados o asesinados sus dirigentes y muchos de sus militantes, la propaganda nazi se ganó a amplias masas obreras con el mito de la «raza superior» y la «nación alemana», y consiguió que muchos obreros participaran de buen grado en las aventuras militares de Hitler, cosa que notaron durante la Segunda Guerra mundial los dirigentes comunistas de la época: en el año 1943, en una conversación privada con Dimitrov, dirigente de la Internacional Comunista, Stalin expresó su perplejidad ante la actitud de los obreros alemanes: «Se diría que la mayoría de los obreros alemanes no tiene nada contra el hecho de pertenecer a la *nación superior*. La minoría está en contra, pero está desmoralizada. Los soldados alemanes todavía no se rinden en masa. Necesitan que el Ejército rojo les dé todavía algunas buenas lecciones para que el proceso de desmoralización comience» (11). Mentalidades similares reinan hoy entre una parte sustancial de la clase obrera que se muestra pasiva o favorable ante las aventuras neocolonialistas y militaristas de la OTAN contra otros pueblos del mundo, lo cual dice mucho del gran poder de atracción del nacionalismo imperialista entre las masas.

Este poder de atracción sigue siendo un peligro latente, como muestra la pasividad de la mayoría de la clase obrera occidental ante las agresiones imperialistas de sus gobiernos en el exterior, su apoyo al nacionalismo imperialista o la receptividad que tienen en algunos medios obreros los mensajes racistas y de extrema derecha, que se concretan en ascensos electorales de los partidos fascistas o reaccionarios muy preocupantes y que no se podrían explicar sin recurrir al fenómeno sociológico que afecta desde hace décadas a sectores importantes de trabajadores occidentales: la pérdida del internacionalismo y del referente de clase, y la permeabilidad ante el nacionalismo reaccionario y los mensajes de la extrema derecha. ¿A qué se debe este fenómeno?

Hoy la realidad que tenemos que afrontar en la Europa occidental desarrollada e imperialista es muy diferente de aquella Alemania de los años veinte y treinta. Ha desaparecido casi todo el rico entramado obrero y popular, nacido de la interrelación entre la clase obrera y sus organizaciones políticas y sindicales, que separaba radicalmente, como una muralla china, al mundo burgués del mundo proletario. La clase obrera conocía cual era su papel real en la sociedad, tenía conciencia y orgullo de sí misma y sabía que la gran burguesía era su clase enemiga, la que había que combatir. Desgraciadamente, las transformaciones estructurales del capitalismo moderno, las claudicaciones ideológicas y las prácticas reformistas en la izquierda han convertido a casi todas aquellas formas de vida social obrera y popular en materia de arqueología industrial: hoy ya no existen los canales que intercomunicaban a la clase obrera con unos partidos de izquierdas que querían abiertamente acabar con el capitalismo e instaurar el socialismo. Esto explica la pérdida de conciencia de clase y la despoltización de los trabajadores, que en gran medida prefirieron considerarse a sí mismos como “clase media”, y optaron por el nacionalismo imperialista frente al internacionalismo proletario. Hoy, desorientados por la crisis capitalista y sin vínculos orgánicos con los partidos de izquierdas –que, con el lema «todos son iguales» son percibidos muchas veces como una

parte más del sistema— son presa fácil de los partidos reaccionarios, de extrema derecha o fascistas.

Otra de las principales enseñanzas que hay que extraer de las luchas de clases en Alemania son las causas de la debilidad del KPD en el mundo sindical y empresarial. Esta debilidad fue causada por condiciones objetivas, como la durísima represión anticomunista y la política semi dictatorial del SPD, y por condiciones subjetivas, como las reminiscencias de una actitud sectaria hacia el trabajo entre los grandes sindicatos (errores que surgieron con el nacimiento mismo de la Internacional Comunista en tiempos de Lenin), que se quiso solucionar con la creación de Sindicatos Rojos o “revolucionarios”. Esta opción no pudo evitar que los aparatos sindicales fueran controlados por los dirigentes anticomunistas y por la burocracia socialdemócrata de derechas, marginando al KPD de una acción efectiva entre los obreros que estaban empleados. Los Sindicatos Rojos, a pesar de tener un discurso extremista, proclamarse como “revolucionarios” y atacar duramente a los grandes sindicatos de masas, nunca pudieron influenciar más que a una minoría muy reducida de la clase obrera, y acabaron extinguiéndose debido a su carácter cada vez más marginal. Finalmente, una vez suprimida la vanguardia revolucionaria y perseguidos los comunistas, las masas obreras desmoralizadas fueron presa fácil de la propaganda nazi, tal y como hoy son presa de la propaganda de la derecha reaccionaria en ausencia de un partido de trabajadores revolucionario con capacidad de influir entre las masas.

Por otra parte, hoy es evidente que en los países imperialistas el fascismo (¿todavía?) no adopta las formas brutales de Hitler, Franco o Mussolini, y la gran burguesía prefiere un “fascismo blando”, mediático, televisivo o incluso con formas “democráticas”. Esto es debido a que la clase obrera occidental y las organizaciones de izquierda no representan una amenaza inminente para el dominio de la gran burguesía y sus privilegios de clase. No obstante, determinadas formas políticas pueden repetirse en la historia, así que no podemos excluir que en un futuro el fascismo clásico, terrorista, militarista, racista y anticomunista vuelva a tener un protagonismo histórico como opción a tener en cuenta por parte de un sector de la gran burguesía para defender sus privilegios y su dominio de clase. En este sentido, las políticas semi-dictatoriales contra la clase obrera practicada por los diferentes gobiernos socialdemócratas en situaciones de crisis tiene similitudes con las empleadas por el SPD, preparando el terreno a “soluciones” fascistas.

Por este motivo, la lección más importante del pasado que podemos extraer es que la existencia de un partido revolucionario —la denominación es lo de menos, lo importante es el contenido político real—, que no tema reivindicar el socialismo, que sea fuerte e influyente y arraigado entre los trabajadores, es la única garantía de la defensa decidida y consecuente de los intereses de la clase obrera y de una política antifascista y auténticamente democrática.

Precisamente quizás sea la pasividad asombrosa de la mayor parte de la izquierda política y sindical, así como la terrible desunión y dispersión ante la ofensiva de los capitalistas y financieros, lo que más nos diferencia de aquellos episodios históricos: si en los años de la República de Weimar, la izquierda verdadera —el KPD, grupos anarquistas y socialdemócratas con conciencia de clase— estaban dispuestos a luchar contra la burguesía, a defender a la clase obrera y a promover la lucha de clases para llegar al socialismo —y no como hoy para conquistar un quimérico «capitalismo de rostro humano»—, hoy esto brilla por su ausencia. La mayoría de la izquierda occidental —a diferencia de América Latina y otros lugares— se encuentra en una actitud contemplativa o contemporalizadora con el sistema político creado por la burguesía, a veces tolerante o cómplice de actitudes imperialistas, o bien sumida en debates ideologizados y alejados de los problemas de la clase obrera y con escasas ideas para salir del abismo político y poder presentarse como alternativa ante los obreros. No nos extrañemos pues de que el apoliticismo reine entre los trabajadores: si hoy hubiera un movimiento fascista de tipo clásico, probablemente triunfaría con un simple paseo militar. En ello tendría una gran parte de responsabilidad la izquierda por sus incapacidades, limitaciones y miserias propias.

Finalmente, el artículo de Sergio Bologna es muy importante porque derriba importantes mitos del anticomunismo de izquierdas, como fue el papel del Partido Comunista —y por extensión, de la Internacional Comunista— en la lucha contra el nazismo, mitos históricos que una gran parte de la izquierda actual ha ido abrazando alegremente para justificar su desmantelamiento ideológico y político, y sus

vergonzosas renunciaciones. Todo ello nos coloca una vez más a los militantes de izquierdas ante la necesidad y la responsabilidad de estudiar la historia de forma debidamente documentada y no dejarnos llevar por los fáciles criterios de determinadas corrientes políticas que, aunque han pasado a la historia como la máxima autoridad en la materia, en la práctica sólo podían aspirar a nutrirse de las derrotas de los que verdaderamente estaban jugando la vida.

No está de más por ello, que este artículo finalice con un recuerdo al gran revolucionario comunista alemán Ernst Thaelmann, difamado por el tótem de la extrema izquierda, encarcelado en 1933 por los nazis y asesinado en 1944 en el campo de concentración de Buchenwald.

Notas

- (1) Sergio Bologna: ***Nazismo y clase obrera (1933-1993)***. Colección Cuestiones de Antagonismo. Ediciones Akal, Madrid, 1999.
- (2) Kurt Gossweiler: Hitler, l'irresistible ascension? Les Editions Aden, Bruxelles, 2006, p.149.
- (3) Idem, p. 150.
- (4) Idem, p. 153.
- (5) Idem, p. 30.
- (6) Trotski: La tragedia del proletariado alemán.
<http://www.marxists.org/francais/Trotsky/oeuvres/1933/03/330314.htm>
- (7) Trotski: Carta a un obrero alemán.
<http://www.marxists.org/francais/Trotsky/oeuvres/1931/12/311208.html>
- (8) Idem.
- (9) Trotski: Hace falta un nuevo partido en Alemania.
<http://www.marxists.org/espanol/Trotsky/1930s/19330312.htm>
- (10) Trotski: *La tragedia del proletariado alemán*.
- (11) Dimitrov: Journal. Ed. Belin, p. 753.